

DOMINGO DE LA PALABRA DE DIOS



Catholic Biblical Federation

HACIA EL DOMINGO DE LA PALABRA DE DIOS (21.1.2024)

20 de enero de 2024 - Conferencia en línea

Romanos 8,14-30

Cuando la Biblia nos enseña a rezar

Éric Morin

Este párrafo de la carta a los Romanos nos ofrece varios elementos para alimentar nuestro aprendizaje de la oración: no sabemos orar correctamente, pero el Espíritu viene al rescate de nuestra debilidad (Rom 8,26); el Espíritu da testimonio de que somos hijos de Dios (Rom 8,14); por el Espíritu podemos clamar Abba, Padre (Rom 8,14). Padre (Rom 8,14). En el conjunto de la carta a los Romanos, este octavo capítulo ofrece una descripción de lo que produce el Evangelio, el poder de Dios para los que creen (Rom 1,16).

Por eso, al principio de este capítulo, Pablo presenta al Espíritu que une a los bautizados con Cristo resucitado, haciéndoles partícipes de esa misma resurrección (Rm 8,11). Pero, ¿cómo reconocer la acción de ese Espíritu? Así comienza el pasaje que propongo para nuestra lectura.

El Espíritu y la experiencia filial

No habéis recibido un Espíritu para esclavizaros y atemorizaros, sino un Espíritu que os da el don de ser hijos y por el que clamamos: Abba, Padre (Rm 8,14)¹⁵.

Así pues, la primera experiencia del Espíritu es la de la adaptación a nuestro lugar filial bajo la mirada del Padre y fraternal entre nosotros. Esta adaptación justifica nuestra existencia, la legítima. Como hijos bajo la mirada de su Padre, nuestra vida humana se desarrolla sin razón, sin otra razón que la felicidad del Padre al vernos vivir.

Es la experiencia de la gracia, del azar, del favor concedido por el bautismo. Esta vida filial contrasta con la del esclavo que es llamado a hacer una tarea, mientras que los hijos acuden cuando quieren a pedir al Padre lo que necesitan. Para Pablo, la vida en el Espíritu es esencialmente libertad, pero eso es otra cosa (cf. 2 Co 3,17: donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad)¹⁶.

¹⁵ Traducción TOB 2010. <https://lire.la-bible.net>.

¹⁶ Cf. Cahiers Évangile n°202: *Se convertir à l'Esprit*.

Experiencia litúrgica

Para que esto no se quede en teoría, Pablo invita a su lector a recordar su experiencia litúrgica en la que llama a Dios Abba, Padre. Aquí tenemos la prueba de que la comunidad cristiana recogió en su liturgia esta expresión tan especial que Jesús utilizaba para dirigirse a su Padre. En efecto, la palabra aramea Abba sería mal comprendida por el lector de Pablo si no se utilizara litúrgicamente. Es el Espíritu quien nos enseña a orar uniéndonos a la oración de Jesús. Una vez más, la obra del Espíritu es esencialmente la unión con Cristo.

La liturgia es una escuela de oración porque el Espíritu nos enseña el modo de fundirnos con el movimiento del Hijo hacia el Padre. Esto vale para la liturgia sacramental, pero también para la liturgia de las horas. El lugar de la Palabra de Dios, como pide el Concilio Vaticano II, es esencial: ofrece al bautizado la posibilidad de acoger con corazón e inteligencia, y por tanto con libertad, esta fuerza del Espíritu que nos atrae (frente a los ídolos, cf. 1 Co 12,1-2).

La oración silenciosa

Hay otro lugar donde podemos reconocer la obra del Espíritu en la vida de los bautizados: la oración silenciosa. Es lo que Pablo indica en el versículo siguiente: Este Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios (Rom 8,16). Nuestro espíritu, el espíritu del hombre, es una parte constitutiva de nosotros mismos, la parte a través de la cual podemos acoger al Espíritu de Dios; el espíritu del hombre es ese punto de semejanza entre Dios y el ser humano que permite una experiencia común. Aquí es necesario un punto de traducción: El Espíritu da testimonio a nuestro espíritu puede entenderse también como el Espíritu da testimonio con nuestro espíritu. En efecto, aunque nuestro espíritu nos engañe a veces sobre nosotros mismos, haciéndonos olvidar la vocación filial que nos constituye, el hecho es que aspira a esta postura filial, de la que nunca pierde totalmente la esperanza. Pablo sigue diciendo: gemimos interiormente, esperando la adopción, la liberación para nuestro cuerpo (Rm 8,23).

Así pues, es en el silencio compartido con el Espíritu donde éste eleva poco a poco nuestra esperanza a la altura de lo que el Padre tiene preparado para cada uno de nosotros. Tenemos así una primera definición de la oración: dejar que el Espíritu hable dentro de nosotros para llevar a nuestro corazón la convicción de que nosotros, que ya participamos de estos sufrimientos, estamos siendo hechos partícipes de la herencia y de la gloria de Cristo.

La oración como vocación

La oración es el espacio necesario para realizar la herencia, en el doble sentido de la expresión. En efecto, realizar la herencia significa ante todo tomar conciencia de lo que es, concebir lo que se nos promete. Pero, en francés, significa también empezar a beneficiarse de ella. La oración nos permite experimentar el depósito del Espíritu, primer don que no nos será retirado.

La experiencia del Espíritu en la oración litúrgica o personal nos permite realizar nuestra vocación fraterna y filial. Realizar significa concebir y ya vivir. Para Pablo, la vocación no es una elección de vida, sino la capacidad de transformar el momento presente para responder a la llamada de Dios, para hacer de cada circunstancia una buena oportunidad de amar a Dios y a los hermanos.

El Espíritu viene al rescate de nuestra debilidad

Volveremos a los versículos 18 a 22 más adelante. En Romanos 8,26, Pablo afirma que el Espíritu viene en nuestra ayuda para socorrernos en la debilidad de nuestra oración. En efecto, nos damos cuenta de que no sabemos orar correctamente. En el capítulo primero, Pablo ya definió, en contraste con los paganos, lo que es la oración: dar gloria y gracias al Creador.

El Espíritu es dado para realizar esa oración en medio del gemido del mundo; orar, pues, es simplemente ofrecer nuestra presencia a Dios durante unos instantes (cf. Charles de Foucault). A través de este ofrecimiento de nosotros mismos, el Espíritu nos utiliza como punto de entrada para irrigar con su paz el mundo que gime con los dolores del parto. La obra del Espíritu en la oración del bautizado es, pues, acción de gracias por un futuro, una transformación del mundo cuyo fin aún no podemos ver. En acción de gracias, el creyente se abre a la gracia transformadora para sí mismo y para el mundo.

Los vv. 18-22 son una relectura de Gn 3 para mostrar que los sufrimientos de este mundo son los del parto, es decir, prometidos a un advenimiento, el de una humanidad filial.

La oración como relectura de una vida

En esta humilde presencia ante Dios, se produce un cambio profundo en nuestro ser. Esta humilde presencia puede apoyarse en lo que nos convenga: la adoración, la oración silenciosa, la lectio, el rosario, etc. Pero también nos ofrece la oportunidad de tomar conciencia de que todos los acontecimientos de nuestra vida contribuyen a una presencia en la verdad. Existe, pues, una historia espiritual para cada uno de nosotros: predestinados, llamados, justificados, glorificados.



Domingo 21 enero 2024

<https://c-b-f.me/DPD2024-ES>

